

El Perdón

Pastora Mabel de Silvestri

Agradecimientos:

Al Señor Jesús quién me salvó y apartó para Él.

Al Espíritu Santo la fuente de toda inspiración.

A mi amado esposo porque me ha bendecido con su ejemplo en todos estos años.

A cada hermano y hermana que sostienen con firmeza el llamado del Señor.

A todos ellos gracias...

Índice

Capítulo I	El amor de Dios
Capítulo II	Cómo aprendí el Perdón
Capítulo III	El Perdón
Capítulo IV	Sanar Heridas
Capítulo V	El ser tripartito
Capítulo VI	Restitución a la posición

Capítulo 1

El amor de Dios

Tengo una buena noticia ¡Dios nos ama!
Si tan solo pudiéramos darnos cuenta que no somos personas de un día, sino que, según las escrituras, somos seres eternos. Es decir que tenemos un antes, un ahora y un después, comprenderíamos que nuestras acciones de hoy tienen una proyección concreta dentro de esa eternidad. Porque nuestra vida es un todo, una integridad y es por esto que el hoy es de suma importancia dentro de ese contexto.

El libro de Jeremías, libro profético del Antiguo Testamento, nos presenta esta promesa:

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, pensamientos de bien y no de mal, para daros el fin que esperáis.”

(Jeremías 29:11)

Esta palabra inunda de paz mi corazón, saber que Dios desea el bien para nosotros, y más allá de las circunstancias que estemos viviendo en este tiempo presente, existe una esperanza gloriosa para cada día de nuestra existencia, Jesús.

El libro de Génesis es el primer libro de la Biblia y relata el principio de todas las cosas. Cundo recorro en sus páginas los capítulos uno y dos encuentro un cántico de amor. Allí está Dios, creando en detalle cada pieza del Universo. El cielo, la tierra, los mares, los astros, las plantas, los animales todo de una belleza inigualable, cada cosa en un lugar y orden establecido. Y en medio de tanta magnificencia, cual pintor que pinta su mejor cuadro, crea al hombre y a la mujer, a su imagen y semejanza.

Todo lo había preparado para ellos, un lugar especial, único, un ambiente espiritual de mutua relación de amor entre ellos y Dios.

Por esto no es todo, también les delega total autoridad y dominio sobre lo creado, teniendo el hombre y la mujer la facultad de disponer y señorear sobre la naturaleza. ¡Qué inmenso amor! Estos capítulos realmente me impresionan y me conmueven.

Pero cuánto asombro y dolor me produce encontrarme con el capítulo tres. Este mismo hombre y mujer que habían sido creados con propósito en un ámbito de amor, se rebelaron contra su Creador, y le dan las espaldas. Impregnados de una actitud de auto-suficiencia pensaron que ya no lo necesitaban. – “Tenemos poder, dominio, autoridad”, dijeron para sí mismos, – “podemos seguir solos”. ¡Qué triste! Quisieron caminar lejos de Dios, pero tan pronto como tomaron esta decisión se dieron cuenta que estaban desnudos. Y juntamente con el sentimiento de soberbia aparecieron otros sentimientos que nunca antes habían experimentado. Sintieron vergüenza de su desnudez, temor, culpa. Entonces cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales para poder cubrirse.

La humanidad caída, pero aún altiva y apartada de Dios, siempre está tratando cubrirse. Esto ha sido así desde los primeros hombres hasta nuestros días. Nos creemos poderosos, competentes, pero sabemos que estamos desnudos. Entonces creamos la industria del vestido y nos vestimos, la industria de la construcción y nos hacemos casas, acuñamos metales como objeto de intercambio, y así nos sostenemos y nos hacemos ricos. Inventamos diferentes ciencias, adquirimos conocimientos y nos hacemos sabios en nuestra propia opinión. También nos agrupamos y fundamos pueblos, ciudades y naciones, establecemos gobiernos y cada uno de nosotros defiende su propio interés.

En definitiva, en vez de recurrir a Dios, para tapar nuestra desnudez nos cubrimos de cultura.

¿Y por qué hablo de cultura? Porque la cultura es el intento del hombre por suplir las necesidades y resolver los conflictos que aparecieron después de la caída. Si bien hay más de trescientas acepciones de la palabra cultura, todas aluden a una significación netamente humanística. Para el antropólogo Edward Tylor (1871), la cultura es “aquel todo complejo” que incluye el conocimiento, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto se trate de un miembro de una sociedad. Otras definiciones más recientes amplían el concepto de cultura refiriéndose al estilo de vida total, adquirido socialmente por un grupo de personas, e incluye los modos que tienen de pensar, sentir y actuar.

Pero el relato bíblico nos muestra que fue Dios quien los cubrió con pieles, aunque a causa de su rebelión tuvo que expulsarlos del paraíso. Con una naturaleza caída, desobediente, ya no estaban en condiciones de habitar en Su presencia.

Pero, ¿Por qué encuentro el cántico de amor aún en este capítulo tres de Génesis?

Porque en su infinita misericordia, Dios nos presenta la salida cuando expresa la sentencia contra satanás:

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar”.

(Génesis 3:15)

Así que este capítulo tres no sólo es de dolor y tristeza, sino también de amor y esperanza, ya que nos adelanta evangelio, porque es Cristo, el mismo Hijo de Dios, que nacido de mujer, vino a este mundo para herir en la cabeza al diablo y reconciliar con Dios a la humanidad perdida.

Por tanto, en todo lo que venimos diciendo vemos que fue Dios quien dio el primer paso para aproximarnos nuevamente a él. Y aún hoy es siempre él quien da el primer paso.

Cuando nosotros recibimos a Cristo en nuestros corazones, nos arrepentimos de nuestros pecados y él nos perdona. Nacemos de nuevo y comenzamos a vivir una vida cristiana llena de aventuras. Disfrutamos de la protección de Dios y de los beneficios de la nueva vida. Pasado el tiempo, surge en nuestro corazón este pensamiento: – “yo amo a Dios, yo le busco, yo le sirvo”. Pero la biblia dice que nosotros le amamos a él porque él nos amó primero.

“Nosotros le amamos a él (Dios), porque él nos amó primero...”

(1 Juan 4:19)

“En esto consiste el amor (de Dios): no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros...”

(1 Juan 4:10)

Siempre es Dios en auxilio del Hombre. Lo cierto es que nosotros estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, y Dios nos amó primero.

¿Y por qué nos amó primero?

Porque Dios es Amor. Su misma esencia es Amor, no es un atributo de Dios, es Su sustancia. Imagínese que alguien dijese: – “la verdad es que Mabel tiene un atributo femenino”, ciertamente esa persona estaría en un grave error. Mi femineidad no es un atributo, es lo que me hace ser quien soy, yo “soy” una mujer. De igual modo podemos afirmar que Dios “es” Amor.

Así como usted y yo estamos formados por millones de células que nos hacen ser quienes somos, Dios es en cada una de sus facetas, Amor.

“El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor...”

(1 Juan 4:8)

Y cuando hablamos del amor de Dios, debemos diferenciarlo de otros amores. Hoy todo el mundo habla de amor. Muchas parejas cuando se casan prometen mutuamente amarse toda la vida. Pasan algunos años y se divorcian. ¿La razón? “Se acabó el amor”, son las palabras que se escuchan con frecuencia.

Hoy en día las relaciones no perduran porque no se construyen sobre un fundamento firme. El amor humano es limitado, imperfecto, egoísta, fluctuante. Nunca podrá ser la base de una relación duradera.

El hombre sin Dios piensa: – “si tal persona me ama, me da y no me falla, entonces yo la voy a amar”. Pone condiciones. Pero el amor de Dios dista mucha del amor de humano. No hay punto de comparación. El amor de Dios es perfecto, incondicional, es ágape.

La mayoría de las veces, cuando alguien nos hiera, nos lastima, nosotros decimos – “ya lo perdone”, pero no aspiramos a restaurar la relación con esa persona. – “Lo perdoné pero lo quiero lejos de mi vida”. Entonces eso no es amor ni perdón, es otra cosa.

Mi esposo suele enseñar que lo contrario al amor no es el odio, sino la indiferencia, el desinterés por aquel que nos es difícil de soportar o nos dañó. Se escucha a menudo la frase “lo mató con la indiferencia” y esto ciertamente es así, es como dar muerte a esa persona en nuestro corazón. Dios no hizo eso. Nosotros le ofendimos gravemente, no correspondimos su amor,

pero aún así él quiere restaurar su relación con nosotros. Ese es su propósito. El hecho de que el Hombre hubiera pecado, no alteró el amor de Dios hacia nosotros. Lo que se rompió fue la relación. Dios es santo y él no puede mezclarse con el pecado, no puede ofender su Santidad, y por eso lo echó del paraíso. Pero su amor hacia nosotros permaneció inquebrantable. Lo que había que solucionar era el tema del pecado, por eso a su tiempo Dios envió a su Hijo Jesucristo a morir en la cruz para perdonar todos nuestros pecados. El perdón de pecados tiene como propósito restaurar la relación del hombre con Dios. Y esto no es poca cosa, no lo podemos menospreciar ni permanecer indiferentes. Porque al él le interesa comunicarse con nosotros.

La obra de Cristo, el perdón de pecados, nos restituye a la posición original, al ambiente espiritual del que gozábamos antes de la caída. Ahora podemos tener comunión con Dios a través de Cristo, y más aún, el libro de Efesios expresa estamos sentados en lugares celestiales con Cristo Jesús, ¡Y todo esto sin merecerlo, tan sólo por su gracia y su bondad!

Así que no podemos decir que perdonamos a nuestros esposos, o padres, o amigos pero que no queremos relacionarnos más con ellos. No es esto lo que Dios hizo con nosotros.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

(San Juan 3:16)

El amor de Dios movilizó su perdón. Él nos ama, él te ama, desde siempre y para siempre.

- Nos amó
- Nos perdonó
- Nos sanó las heridas
- Nos restituyó a la posición original

- Y ahora tenemos comunión con él

¡Gloria a Dios! Siempre es él quien da el primer paso.

Acepta su perdón, acude hoy a la cruz de Cristo, y desde allí serás capaz de perdonar a los que te han lastimado.

Lo que Dios hizo con nosotros primero, ahora nosotros lo tenemos que brindar generosamente a los demás.

Y sobre esta base avanzaremos hacia el próximo capítulo en el que quiero contarte mi propia experiencia en torno al tema del perdón.

Capítulo II

Cómo aprendí el Perdón

El perdón es un proceso, no es el pasaje mágico de un estado a otro. Así como lleva tiempo que las cicatrices se formen en nuestra vida, de modo tal que uno “aprende” a no olvidar y “aprende” el dolor como un estilo de vida, así también, el perdón es el camino de “desaprender el rencor”, y “aprender” el perdonar.

¿Por qué digo “aprender” y “desaprender”? Es sumamente interesante el análisis etimológico de la palabra “aprender”, ella deriva de “aprehendere”, que en latín significa “apropiarse de, tomar como propio”. De tal manera que los antiguos, aprender implicaba lograr apropiarse de la esencia de una cosa que debía ser aprendida, de modo que, la esencia de lo mismo pasara a formar parte de uno, Esa esencia de lo aprendido, se manifestaba en el tiempo, produciendo evidencias palpables. Esto llevaba un tiempo de gestación.

En síntesis, aprender implicaba:

Decisión personal de querer aprender. Relacionarse con lo que se quiere aprender y hacer que forme parte de uno.

Tiempo de gestación de lo aprendido, de manera que aparezca la evidencia de lo que se aprendió.

Cada vivencia propone la aprehensión de nuevos conocimientos, despierta sentimientos, nos recuerda momentos anteriores. Y fue en una de esas vivencias donde aprendí el perdón.

Perdonar no era una palabra que no tuviese mi consideración, de hecho nací y crecí en un hogar cristiano. Y

para todos aquellos que nos llamamos cristianos, el perdón significa la base de nuestra fe en Dios, de no ser así todo el evangelio pierde sentido. Sin embargo, las palabras solo forman conceptos, pero las vivencias enseñan más que las palabras; forman experiencias.

Mi primera experiencia

En nuestra adolescencia todo pareciera que ocurre con mayor intensidad, los amigos, la pubertad y aquellos cambios que le suceden al varón y a la mujer, los temores, los éxitos, las decisiones. Todo ello nos va formando.

En un tiempo, siendo adolescente, en medio de estos cambios, recuerdo mi primera experiencia de shock. Mi mejor amiga, aquella en quien yo confiaba ciegamente, me había defraudado y mentido, como seguramente a muchos les ha sucedido en esta etapa de la vida.

Cuando descubrí la “traición” pensé que nunca podría perdonar semejante actitud; ciertamente no lo hubiese esperado de mi “mejor amiga”, me sentí muy mal, herida, maltratada, desilusionada, el hecho era que estaba herido mi “yo”, mi ego. Cuando uno deja de amar se encierra en sí mismo y centra el ego por encima de todo, esto se denomina egocentrismo. Sin embargo tenía a

Cristo en mi corazón, asistía a la iglesia, era una hija de Dios pero tenía mucho que aprender y crecer.

Hubieron otras experiencias al respecto, y mucho más graves, sin embargo aquella primera fue devastadora por aquellos días. Eran las primeras señales de alerta de parte de Dios,... pero creo que no las capté.

¿Te ha pasado en algún momento sentirte descorazonado por un amigo o familiar, maltratado por sus acciones? Tal vez hasta llegaste a pensar: “esto no creo poder perdonarlo jamás”.

En el caminar con Cristo y ya en el ministerio, he tratado con personas que tienen un sincero deseo de resolver cuestiones

que por tiempo y tiempo habían quedado guardadas en su corazón, vivencias que nunca fueron habladas con nadie. Familiares, amigos, o compañeros de trabajo se han burlado, o les han avergonzado, o peor aún les han dañado físicamente, y hoy notan que les es imposible perdonar. El esposo a la esposa infiel, el hijo abandonado por sus padres son ejemplos de lo que sería una lista interminable. Quizás tu mismo te has identificado con alguno de ellos.

Este incidente de mi adolescencia fue solo el comienzo de una larga escuela con Cristo, el punto de largada de sucesivas experiencias al respecto mucho más desagradables y dolorosas. Esto me hizo establecer que “ya nadie más me haría sufrir, ni me haría llorar”. Y así fue, nunca más pude llorar a partir de ese pensamiento, llegué a sentir un hueco tremendo en mi corazón e indiferencia ante todas las situaciones.

“...porque cual es el pensamiento en su corazón tal es él.”

(Proverbios 23:7)

Beneficios del Perdón

Muchas veces pensamos en el perdón como un regalo exagerado para otros, pero en realidad es un beneficio para nosotros mismos. Perdonar no significa restarle importancia a lo que pasó ni darle la razón al que nos lastimó, es más bien, dejar de lado aquellos pensamientos negativos y buscar el auxilio de Dios para superarlos.

La falta de perdón tiene un precio demasiado alto del cual muchos no son conscientes, se paga a diario. Mantener el resentimiento por algo pasado y que no puede revertirse, seca el corazón del hombre, lo torna insensible.

Tengo una noticia, te han mentido vergonzosamente al decirte que “el tiempo cura todas las heridas”. Esto es falso y por el contrario, una herida sin sanar que se mantiene por tiempo solo puede generar una gangrena o algo peor, pero nunca sanidad.

El poder del Perdón

En todos estos años de consejería pastoral, pude comprobar que Dios no interviene a menos que le demos lugar, por ejemplo, Dios no puede perdonar pecados que no son confesados, hay que ponerlos en evidencia, y permitir la limpieza por medio de la Sangre de Cristo.

Antes de avanzar dejemos algo debidamente claro: no perdonar es pecado.

“...y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado”.

(Santiago 4:17)

Dios es el Único quien puede libarnos de este mal, ya que por naturaleza todos respondemos de alguna manera negativa ante la agresión. En mi caso fue “no voy a llorar más”, o sea “me haré insensible a toda situación”. Esta es solo otra forma de dejar de hacer lo bueno. Es usar diversas “máscaras” como paliativo al peso que significaba no querer perdonar. Como consecuencia de estas vivencias, algunos se tornan indiferentes, agresivos, o amargados.

Me impresiona ver en los medios de comunicación, la violencia con que se tratan unos y otros y el uso del humor irónico son otras de las opciones para esconderse. En resumidas cuentas, es un desfile de caretas que esconden el miedo a sentirse solos, a ser defraudados, lo cual genera una reacción inmediata de los demás. Cada uno elige de qué manera responder, las opciones son muy variadas.

Puede que por momentos se te crucen recuerdos acerca de esa persona que te hizo daño, que abusó cuando eras un niño o una niña, y te sientes condicionado porque piensas que no es justo que le perdones.

Según considera la psicología, lo que nos sucede de niños da forma a nuestro carácter y personalidad futura, gobernando o condicionando la totalidad de nuestras vidas. De ser así, los límites y parámetros de nuestras vidas estarían fijados y no podríamos hacer nada al respecto. Sin embargo, el creyente tiene mucho por hacer. Solo alguien en quién el amor de Dios se ha manifestado puede brindar amor de similares características. Cuando administramos ese perdón que nosotros mismos recibimos, hay una liberación tremenda de ataduras que nos amargan y enferman en todas las áreas de nuestro ser.

Cuando el ser humano retiene la experiencia que lo dañó y se niega a perdonar, ata a aquella vivencia y a esa persona desde el resentimiento, y las mantiene encadenadas a su propia vida. Esto es un veneno para el espíritu ya que neutraliza sus funciones.

Yo elegí y elijo el camino del perdón, de la sanidad de todas mis heridas, esa es mi decisión, y espero que también sea la tuya.

Querido amigo o amiga, ruego a Dios puedas escoger lo que es para tu libertad, para tu bien.

Aprendí también que el perdón es un acto voluntario, no podemos depender de nuestros sentimientos a la hora de pedirlo o brindarlo, Puede que existan sobradas justificaciones para no aplicarlo, sin embargo ellas no nos liberan de esa situación negativa, antes nos ahogan en el resentimiento y la impotencia de no poder modificar lo que ocurrió.

“Ya pasó...”, dice nuestro corazón aunque sigue molesto y resentido. Por más que mostremos un aparente sosiego, nuestra mente no puede dejar de cavilar, recordando con dolor cada maltrato. Y esto se va agravando, ya que el tiempo no borraré la herida, sino que la hará aparecer con mayor fuerza.

“Perdono pero no olvido”, esto y decir “no perdono nada”, es exactamente igual.

Tomemos hoy la iniciativa de perdonar. Dios nos ha otorgado en nuestra naturaleza la capacidad de actuar, de elegir; puede que los sentimientos influyan pero nunca determinan sobre nosotros. Esto nos permite decidir frente a cada circunstancia, otorgándonos el poder para crear nuevas y variadas situaciones. Puedes hacer que tu vida y todo tu entorno se modifiquen.

Si, tu puedes bendecir a muchos a través del perdón, déjalo que fluya.

Capítulo III

El Perdón

Una vez más vuelvo a mi experiencia de adolescente que marcó parte de mi vida y que hizo necesaria, desde temprana edad, la práctica del perdón.

Frente a esa situación que me dañaba, que enfermaba el corazón y que afectaba mi cuerpo, existían dos alternativas de decisión que determinarían mi vida futura; ya que son nuestras actitudes las que hacen la diferencia. Recuerdo aquel relato bíblico en el evangelio según San Mateo. La historia narra dos situaciones en las que podemos encontrar actitudes contrapuestas sobre el tema que estamos tratando. En el primer caso el rey, a quien su siervo le debía una cifra incalculable, perdonó todo lo que este le debía y lo liberó de cárcel. Pero este siervo tenía alguien que le debía a él una suma realmente menor. Sin embargo, este que fue perdonado generosamente no aplicó del mismo perdón para con su deudor, sino que exigió justicia con intransigencia. No obró de acuerdo a lo que él mismo antes había recibido. Como consecuencia de su inmisericorde actitud quedó preso y condenado.

Ejemplo I:

“...el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces

aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda.”

(San Mateo 18:23-27)

Ejemplo II:

“...pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus conservos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su conservo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Más él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda...”

(San Mateo 18:28-30)

Consecuencia:

“...Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.”

(Mt. 18:32-35)

Como en esta parábola, las dos opciones estaban delante de mí, y también el resultad.

Análisis del problema

Cuando sucede algo que nos agrede, inmediatamente aparece en nuestra mente la intención de devolver con la misma actitud o bien soportarlo estoicamente y sumergirnos en la

amargura, el odio, el resentimiento, lo que nos impulsaría irremediabilmente a una depresión atroz. Quizás esta sea la alternativa que primero surge en esta sociedad enferma y altamente agresiva en la cual vivimos.

Nos agreden los medios de comunicación empujándonos al consumo compulsivo, poniendo modelos de estética que están muy lejos de la realidad, creando en la juventud la necesidad de asemejarse a dichos modelos y utilizando cualquier tipo de estrategia para ello. El exceso de información provoca inseguridad, temor y situaciones de pánico.

Nos daña la sociedad, llevándonos a la urgencia de ver satisfechas las necesidades que ella misma propone, ésta como sistema se destaca por la exaltación del “yo”, y los valores no son tenidos en cuenta.

Todo esto nos envuelve, y es muy difícil no verse atrapado, esclavo de los requerimientos del mundo. Pero es necesario, imprescindible, que como creyentes podamos vivir en el sistema de Dios. Para que esto sea así, nuestro yo, tan fuerte y poderoso en nuestro ser, debe ser destronado. Esto implica sacar el yo del trono, y rendírselo a Cristo.

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”

(San Juan 3:30)

Muchas veces nuestro ego es el que ocupa el primer lugar. Lo es a través de una profesión, de nuestro carácter, de formas que adoptamos, todas ellas solo vienen a usurpar un lugar que no les corresponde.

Tenemos que ser destronados para que Él sea entronado. Es allí cuando podremos ver a aquel que se relaciona con nosotros como objetivo de nuestro perdón.

En nuestro país hemos vivido períodos de gran dolor, donde muchos sufrieron y fueron afectados de diversas maneras. Seguramente has experimentado alguna situación negativa, alguien te falló o tuviste una mala respuesta, abandono, desamparo, vejación, maltrato, cosas que te marcaron. Vivencias que sin lugar a dudas, provocan en nuestro corazón sentimientos de dolor, síntomas ellos de que la administración del perdón todavía está pendiente. Hay resentimiento, amargura, agresión, enojo, odio, venganza.

Síntomas del problema

El primero de estos síntomas es el resentimiento, que implica volver a sentir lo mismo una y otra vez. Cualquier circunstancia puede funcionar como disparador, haciéndonos vivir aquello que creíamos olvidado. Ante algo que nos recuerda la situación vivida o la persona que nos dañó, volvemos a ver como en una película las imágenes que van pasando por la memoria; la humillación, el maltrato, la injuria, el desencanto, etc. Esto lentamente va invadiendo nuestro corazón.

Otro síntoma de la necesidad de perdón es la amargura, esta se instala en el corazón, se apodera de la vida, de la cotidianidad. Todo es teñido de gris y negro, hay tristeza y amargura; nuestra persona se convierte en un ser impenetrable al cual nadie puede llegar.

A medida que la falta de perdón se acentúa, comienza a marcar profundas huellas en nuestro carácter, donde la agresión, el enojo, el odio y la venganza toman lugar en nuestra vida y marcan parámetros mediante los cuales se rigen nuestras acciones.

Inmediatamente se asume una posición de víctima, de perjudicado, de deprimido. Es tremendo observar como funcionan estos síntomas en la vida de aquellos que optan por no resolver situaciones. Todo su entorno está afectado, sus relaciones, hijos, casa, trabajo.

Una buena elección

A pesar de que el perdón no es la más popular de las elecciones, es la única que podemos considerar aquellos que fuimos hechos hijos de Dios.

El ejemplo del rey en la parábola de los dos deudores, es la opción correcta pues es la misma que Dios eligió. Y cuando la aplicamos en la relación con nuestros pares sana las heridas del corazón, y nos permite recordar a la persona o situación que nos hirió sin dolor. Podremos disfrutar de una vida rica, bendita y libre. ¡Mira si nos conviene perdonar!

Pero, ¿qué es el perdón? Perdón es la puerta que se abre a la bendición, y también es la puerta que se cierra a la maldición. Si no perdonamos somos un blanco fácil para toda maldición, debilidad espiritual, enfermedad y opresión del infierno. Y aunque hagamos muchas cosas, y todas perfectas, o tengamos grandes dones o riquezas, si no tenemos un corazón perdonador el cielo se nos cierra.

La puerta para la maldición se abre, la maldición viene, la apatía aparece, se endurece el corazón, se generan odios y rencores por doquier. El engaño del diablo viene sobre nuestra vida; la enemistad y la división entran fácilmente para destruirnos. No debemos olvidar que la única finalidad que el diablo tiene con el ser humano es matarlo y destruirlo.

Si elegimos perdonar se abre una amplia puerta a la bendición y al cuidado de Dios sobre nuestra vida.

Déjame ayudarte a descubrir algo sobre la naturaleza del perdón. El perdón no es un sentimiento, si lo deseas administrar desde tus sentimientos te será imposible, fracasarás. Perdonar es un acto voluntario. Así como por nuestra voluntad decidimos aceptar a Cristo en nuestro corazón, admitir que él pagó por nuestros pecados, y aceptar voluntariamente su perdón; de la misma manera, decidimos perdonar a otros. Es una buena elección y, para poder tomarla, no debemos pararnos en las lágrimas, ni tampoco en los sentimientos heridos.

Debemos ser conscientes que muchas veces en nuestra vida tendremos que enfrentarnos a la decisión de perdonar, no es una vez y para siempre, sino que es el constante ejercicio para el cual nuestra voluntad se tiene que preparar.

Todos los hombres y mujeres necesitamos ser perdonados por Dios de manera constante, cada día necesitamos el perdón en nuestra vida, y cuando nos llega la hora de perdonar ¿tendremos la capacidad de perdonar así como el Señor nos perdona una y otra vez?

Como dijimos, y cabe volver a remarcarlo: “Perdonar es poder recordar a la persona o situación que nos dañó, sin dolor”. Poder recordar a la persona y lo que sucedió sin amargura, sin resentimiento, es un reaseguro de que hemos perdonado.

Quizás nos preguntemos, ¿Por qué debo perdonar? ¿Cuáles son los beneficios de ese perdón en mi vida? ¿Qué ganancia tuvo aquel rey al perdonar la deuda a su siervo?

Veremos algunos de los motivos que aclararán este tema.

Perdonar es un mandato

“y cuando estéis orando, perdonad si tenéis algo contra alguno para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas”.

(San Marcos 11:25)

La Palabra de Dios nos enseña que si no perdonamos, nuestra oración tiene estorbo, no es contestada. El Señor dice que tenemos que perdonar al que nos ultrajó, al que nos persiguió, al que nos maltrató, sean una o muchas veces, porque de esta manera vamos a amar a esa persona con un amor igual al de Dios para con nosotros. Pero si no perdonamos Dios no puede perdonarnos a nosotros. Se nos cierra el cielo.

“más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre, os perdonará vuestras ofensas.”

(San Mateo 6:15)

En este punto puede surgir una nueva pregunta, ¿a quién debemos perdonar?

Solemos decir "yo perdono, pero hay cosas que son imperdonables justificando así nuestra decisión de no perdonar. Debemos perdonar a todo el que nos ofendió, en cualquier ámbito, momento, o circunstancia, sea cual sea la forma.

Y aquí quisiera traer luz sobre un tema puntual, también debemos perdonarnos a nosotros mismos.

Este punto es relevante, pues he encontrado muchas personas que no pueden perdonarse a sí mismos. Esto les lleva a concebir conductas erradas, y terminan negando la eficacia de la Sangre de Cristo en sus vidas. La Biblia es clara al respecto, diciendo que Jesús al morir en la cruz arrebató el acta de nuestra condena y la clavó definitivamente sobre aquel madero. Ese acta que nos condenaba, que marcaba lo horrendo de nuestro pecado, fue destruida, la deuda fue pagada, y debemos vivir en esa victoria.

Cuando no nos perdonamos comenzamos a manifestar un carácter agrio, cáustico, dominante, rebelde, violento, con culpas que nos dominan. Es por eso que necesitamos primero: recibir nosotros el perdón, y así brindarlo.

Declaremos esta verdad:

“Cristo murió en la cruz por mí, y así como Él me perdonó es necesario que yo lo haga con otros.”

“de la misma manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.”

(Colosenses. 3:13)

Mira cómo nos expresa la Escritura la dimensión del perdón de Dios, dice que sepultó nuestras iniquidades y las echó a lo profundo del mar. Así también nosotros debemos perdonar a los que nos perjudicaron.

Dios nos perdonó incondicionalmente, sin merecerlo, Él no puso condiciones, sólo es necesario creer.

Perdonar nos hace bien.

Ciertamente el perdón nos hace bien.

Cuando nos sometemos al perdón del Señor, cuando nos humillamos y reconocemos nuestra falta, el Señor nos cambia, le damos la oportunidad que él transforme nuestra vida, y modifique esa situación. Él no nos mandó a soportar, no nos mandó a cargar con el problema, con el dolor, sino a ser transformados por su poder, su amor y su misericordia.

Cuando lleguemos a ese punto, tendremos una expansión en nuestro ser interior, comenzaremos a ver las cosas desde otra perspectiva, vamos a oír de otra manera, vamos a hablar de otra manera, vamos a andar de otra manera.

Cuando alcancemos un corazón perdonador, tendremos gratitud al Señor, y bendición para los que nos rodean.

El acto de perdonar implica perdonar acto por acto, persona por persona, es una acción concreta, definida y voluntaria.

Cuando nos disponemos a perdonar en el corazón, cada detalle aparece concretamente, y allí debemos aplicar el perdón.

Es importante recordar que:

El perdón viene de la luz. Sólo podemos perdonar cuando la luz de Cristo ha venido a nuestra vida.

El perdón empieza en el amor. Todo comienza en ese inconmensurable amor de Dios para con nosotros.

El perdón es nuestra decisión. Voluntariamente perdonamos a la persona, a la situación, a lo que nos dañó.

El perdón lleva a sanar heridas. Sin perdón estamos enfermos y necesitamos ser sanados por Dios.

Avancemos al siguiente capítulo y veamos como Dios desea intervenir en la sanidad de nuestro ser.

Capítulo IV

Sanar heridas

Umm... me encanta ese olor tan particular de las cosas nuevas, es tan fresco y agradable. Es como una fragancia especial.

De igual modo, cuando recibimos a Cristo en nuestra vida como nuestro Salvador, nos inunda la espontaneidad, la paz, el gozo, y también un sentimiento de gratitud hacia Aquel que nos brinda ese perdón del cual no somos merecedores. Es esta claridad de Su gracia lo que nos impulsa a dar ese mismo perdón a otros, Descubriremos la capacidad ilimitada que tenemos, es por eso que quiero animarte a que avances un paso y permitas al Señor que sane tus heridas.

Muchos deportistas profesionales juegan con dolor en sus cuerpos, conocen el riesgo que las heridas presentan a sus carreras y saben de la importancia de aplicar el tratamiento necesario para que estas lesiones no produzcan en sus cuerpos una incapacidad permanente.

Tanto las heridas emocionales como las físicas deben ser tratadas urgentemente, si no se curan, si se dejan al abandono, se infectarán y no terminarán de cicatrizar jamás.

Necesitamos ser sanados, aplicar sutura donde haga falta; exponer la herida, sabiendo que el deseo de Dios es el bienestar en todas las áreas de nuestra vida.

Algunos han sido víctimas de injusticias y prefieren retener el recuerdo amargo, pensando que ellos pertenecen a la casta de los “buenos y mártires”. Llegan a convencerse de que sin ese

episodio habrían disfrutado una vida perfecta, y así encuentran la justificación para todo aquello que les sale mal, haciendo sentir en falta al que le dañó o a los que están a su alrededor.

Partamos de una base conceptual, “pecar” es errar al blanco, y esto incluye aún el pecado de omisión. Omitir es la voluntad de negar o desconocer un hecho o suceso. Cuando nos escudamos tras una excusa o no reconocemos que nosotros mismos somos parte del problema, estamos omitiendo y por ende pecando.

“...y al que saber hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.”

(Santiago 4:17)

Vemos personas que por tiempo y tiempo han tenido todas las oportunidades para salir de su dolor pero que escogen permanecer con un corazón perverso, cargado de odio y de venganza; y por más que digan creer en el Señor o conozcan Su Palabra, sus corazones están condicionados. Puede que te hayas dado cuenta que tú mismo fuiste contaminado con este mal, y que aún has quitado a Cristo como víctima, y te pusiste tú.

Esta nueva posición de víctima nos lleva a actuar de manera coercitiva, utilizando aquella herida en nuestro beneficio, y transformando ese hecho puntual en un elemento de manipulación. Es así como un miembro de la familia que ha sido herido manipula al resto a través de un carácter violento, depresivo, amenazante u otro.

Hoy vemos casi diariamente personas en esta situación, manipulando autoridades, medios de comunicación, a la opinión pública, y a cuantos le salen al encuentro.

Es sumamente ilustrativo ver el ejemplo bíblico del capítulo dieciséis del libro de Jueces. La actriz principal de esta escena es una mujer, Dalila, quién desea conseguir una información secreta. El segundo actor aquí es un muchacho

fortachón llamado Sansón, y la trama gira alrededor del secreto a descubrir que es la fuente de la cual fluye su fuerza. Es allí donde podemos ver el despliegue de artilugios empleados por Dalila, desde la simple seducción hasta la postura de víctima. Día tras día manipula la situación, presiona sentimientos, insiste con preguntas inoportunas, hace berrinches, y termina enojándose y aun rompiendo en llanto amargo, montando una fenomenal escena dramática; todo con una sola finalidad, que su voluntad sea hecha cueste lo que cueste, Con persistencia inquebrantable va socavando la firmeza del ingenuo Sansón.

“Y aconteció que, presionándole ella cada día con sus palabras e importunándole, su alma fue reducida a mortal angustia. Le descubrió, pues, todo su corazón...”

(Jueces 16:16-17)

La manipulación es un recurso devastador en manos de una persona resentida o con falta de perdón. Sin dudar, se hará uso deshonesto de situaciones para conseguir un fin deseado, sin importar cuanto dolor se pueda causar.

Las secuelas que acarrea la falta de perdón hace entrar al ser humano en terrenos tenebrosos, el odio y la amargura son un cáncer espiritual que consume día tras día, de manera sistemática y progresiva.

Te puedo asegurar con total autoridad que esa herida enferma nuestro ser interior, contaminando cada pensamiento y decisión.

La Biblia dice que el Señor en la cruz proveyó sanidad para toda enfermedad y dolencia, y esto incluye también aquellas heridas que te causaron. Solo en Él encontramos restauración completa.

“Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores;... más Él herido fue por nuestras rebeliones,

molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados.”

(Isaías 53:4-5)

¡No te quedes en la mitad del camino! Acepta voluntariamente la sanidad de tus heridas, la cual Cristo ya ganó para ti.

El Espíritu Santo viene a nuestras vidas una y otra vez. Es esa voz interior que como suaves caudales de aguas nos inquieta. Él desea que le permitamos obrar en nuestro ser, nos quiere ayudar a sacar a luz esas heridas para que corramos confiados hacia la cruz. Tristemente somos nosotros los que nos resistimos al amor de Dios, reteniendo las heridas como quien guarda un tesoro valioso.

¡Basta ya, soltémoslas ahora mismo!

A través de estos años Dios ha trabajado conmigo, y he indagado sobre este tema. La experiencia que deseo transmitirte es consecuencia de esa acción del Espíritu Santo en mi vida que me ha llevado a resolver obstáculos a través de diversas vivencias.

Cuando impedimos la terapia de Dios en la sanidad de nuestro ser, estamos construyendo fortalezas que se irán arraigando fuertemente en nuestro corazón. Los temores, culpas, los traumas, lentamente nos irán paralizando, producirán como mencionamos al comienzo del capítulo, una incapacidad permanente en algún área de nuestra vida.

Cuánto gozo me produce ver hermanos que se animan a resolver cuestiones del pasado, heridas que por años tuvieron guardadas, y que ahora son enfrentadas en la madurez que significa perdonar. Quiero alentarte a vencer el letargo, a avanzar un paso más hacia el carácter de Cristo. Tienes la oportunidad de una vida mejor, posibilidad de soltar los dones y capacidades que

Dios te ha dado, no permitas que se opaquen por retener escoria en el corazón.

Nuestro Dios es un Dios de oportunidades y Su misericordia se renueva día a día.

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”

(Hebreos 4:16)

Capítulo V

El ser tripartito

Dios quiere sanarnos de manera integral. El ser humano es un ser complejo, formado por tres “áreas”: espíritu, alma y cuerpo.

El Dios en el cual creemos, es un Dios trino; el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo indivisibles en esencia e iguales en poder y gloria, son tres en uno. Y tal como se lo propuso, hizo al hombre a Su imagen y semejanza, tripartito o trino.

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...”

(Génesis 1:26)

Ciertamente damos gloria a Dios por la sanidad del cuerpo, pero Él quiere que la sanidad alcance también el resto de nuestro ser ¡Aleluya, Dios está obrando en ti! Para que seas completamente libre y sano.

Acompáñame en la lectura de la Carta a los Tesalonicenses:

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”

(1 Tesalonicenses 5:23)

La clave de la sanidad de heridas interiores está en permitir la acción del Espíritu Santo de Dios, ya que tiene

conexión directa con el espíritu del hombre. Desde allí va iluminando el alma (psiquis), y esta hará notorio los resultados en el cuerpo.

De acuerdo a este pasaje el Señor tiene un propósito, y es que las tres áreas de nuestra vida sean transformadas, santificadas, aptas para Dios. Cada una de ellas fueron radicalmente distorsionadas por causa del pecado.

El hombre cayó como un todo, podríamos decir que vió con sus ojos o cuerpo, su alma codició un lugar de eminencia, y finalmente su espíritu se reveló contra el consejo de su Creador. El pecado se filtró en cada una de las tres áreas y enfermó esa integridad del ser humano.

El ser humano es una unidad indisoluble, y cuando acciona lo hace como un ser integral. Cuando siente o es inspirado por algo, hay una reacción en su alma que le pone ante la necesidad de decidir, y recién entonces ejecuta una determinada acción, podríamos pensar que el cuerpo es el órgano ejecutor de una decisión que se tomó en lo íntimo de nuestro ser.

Aceptar al Señor Jesús es una decisión voluntaria, que genera una libertad en “ese todo”, que es el hombre. Una libertad que como tal debemos administrar, decidiendo en cada circunstancia conforme a lo que a Dios le agrada. En todos los casos Dios nos enfrenta ante la necesidad de decidir, y la sanidad de heridas interiores no es la excepción.

A lo largo de la vida nos topamos con situaciones que nos dejan ver que hay decisiones pendientes, temas que deben ser resueltos, o heridas que necesitan ser sanadas.

Cuando encontramos cuestiones que no se terminaron de resolver es porque allí no se ha permitido que la acción sanadora del Espíritu de Dios haga su obra.

Cuando hay heridas no sanadas siguen allí sangrando o “desangrándonos” lentamente, supurando e infectando todo nuestro ser. Bajo esta circunstancia sentimos que no hay satisfacción en lo que hacemos, no hay resultado. Sucede que

hace falta colocar el antiséptico necesario para que esa herida quede desinfectada y cicatrizada completamente.

La carta a los Tesalonicenses nos marca tres áreas. Tres distintos estamentos en los cuales hay que solucionar problemas y sanar heridas; porque cada una de esas heridas son flancos por donde el enemigo agudiza su ataque. Encontramos iras, enojos, celos y envidias, que generan resentimiento y dolor. Estas expresiones retenidas, dan lugar a que el diablo ejerza sobre nosotros opresión para hacernos vulnerables, permeables a su acción diabólica. Esta es una puerta que debemos cerrar a Satanás.

Acompáñame y veamos como las heridas se manifiestan en cada una de estas tres áreas de nuestro ser.

El espíritu

Como vimos estamos conformados por espíritu, alma y cuerpo. Puede haber algunas heridas abiertas que pueden identificarse en el área del espíritu.

El espíritu es lo más íntimo que encontramos en nuestro ser.

Veremos que el espíritu es un todo en sí mismo, allí se alojan lo que podríamos llamar funciones: conciencia, inspiración y adoración. Hay otras funciones que competen al espíritu, sin embargo la Biblia nos muestra estas como relevantes.

Como notarás, estamos hablando del hombre no desde el punto de vista de la psicología, sino desde el punto de vista de Dios. Y lo que comúnmente conocemos como vida espiritual es andar en la interrelación de este espíritu liberado con el Espíritu de Dios.

La conciencia

Todo hombre tiene conciencia, y es ella lo que lo diferencia del resto de la creación.

La conciencia es la capacidad de discernir lo bueno y lo malo, lo correcto, de lo incorrecto. Generalmente desde la niñez hasta la adolescencia es el periodo donde se fijan experiencias, enseñanzas, y hábitos. La incorporación de hábitos, como la higiene y otros, van formando características en las personas que a su vez trasladarán a sus hijos. De igual modo se fijan otros hábitos, que surgen de la convivencia con los padres, familiares, amigos. Por eso creo que es de vital importancia que la conciencia sea enseñada en la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios está plenamente expresada a través de la Palabra de Dios, la Biblia. Ella nos enseña como vivir, por eso no solo debemos leerla si no establecerla como la vertebración de nuestra vida, guiando cada paso según este modelo.

Una vida que es vertebrada por la Palabra de Dios, es una vida con propósito, que afectará positivamente a su generación y a las venideras.

Tal vez tu eres una persona que ha recibido a Cristo por la fe en su corazón, pero durante tu infancia viviste hostigado por críticas, burlas, menosprecio o comparaciones, Tu ser más íntimo ha sido dañado por estas agresiones, y tu conciencia ha sido deformada.

Particularmente los niños tienen características que se hacen evidentes en su primera etapa, algunos son veloces otros no, o quizás son extrovertidos mientras que otros son retraídos y reflexivos. Esto no implica que unos tengan más talento o valores que otros. Sucede que la mayoría de las

veces vemos con nuestros ojos naturales, humanos y no nos permitimos ver con los ojos de Dios.

Dentro del núcleo familiar establecemos comparaciones “odiosas”, o damos ciertos moteos a alguno de los integrantes, o peor aún lo ponemos como “blanco” de todas nuestras burlas. Debemos retener algo en nuestra mente, nadie está preparado para recibir el continuo desprecio. Es mentira que las palabras no hieren, muchas veces dejan marcas indelebiles, condenan, atan, y signan conductas.

Ahora eres un adulto, y se han fijado ciencia. Haces las cosas y para ti nunca te salen bien, tratas de alcanzar una meta y es como que se escapa a medida que corres hacia ella, el fracaso y la frustración están latentes aprisionándote. Existen personas que viven en una constante introspección, continuamente analizándose y sacando solo conclusiones negativas de sus actitudes. No pueden ver cuantas cosas buenas han vivido y cuantas victorias han logrado. Esto las transforma en personas exigentes, perfeccionistas, insatisfechas. Ciertamente es peligroso cuando alguien vive descalificando la labor de otros y aun la propia. Qué decir de aquellos a los cuales desde su infancia se les ha enseñado a mentir. Puede que digas pero Mabel, yo de ninguna manera le enseñaría a mentir a mi hijo... Sin embargo, en diversas oportunidades los niños ven como nosotros los adultos, para salir airoso o zafar de una situación, empleamos con astucia argumentos y “medias verdades”. Esto también es mentir. Y el niño que nos tiene como modelo ve que lo hacemos y piensa, “... entonces eso se puede hacer si no digo toda la verdad está bien igual”. Yeso que comenzó para nosotros como una salida de escape rápida, para él se le ha transformado en un criterio dañino que seguramente le traerá muchos problemas. Ya la mentira dejará de ser mentira, su conciencia dejará de llamarle la atención y el mentir será una forma de conducta constante. A esto la Biblia lo llama “conciencia o mente cauterizada”.

“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia...”

(1 Timoteo 4:1-2)

Aquello que era pecaminoso ha dejado de verse como tal debido a una conciencia que tiene deformados sus parámetros. Y resueltamente el niño o joven, y aún el adulto, se mueve en diversos ámbitos bajo estos patrones. En las escuelas esto se hace muy evidente, se manifiestan conductas y hábitos terribles, y al citar a los padres para una entrevista donde se les alerta la conducta de su hijo, uno puede percibir que más allá del reto o castigo que pueda infringirse, el problema es que el niño está expuesto a una constante relación con lo torcido, con lo desleal, con la grosería, con la mentira,... y la lista puede ser interminable. Y por más que sea una "familia cristiana", sus actitudes y hábitos están infectados, su conciencia no distingue lo malo de lo bueno.

Hablo de la mentira pero cuanto más podríamos hablar sobre perversión, altivez, rebeldía, u otras. Cada una de ellas va hiriendo la conciencia, torciendo los parámetros, y darán a luz un adulto lleno de problemas y de heridas interiores. Claro, ciertamente puede haber aceptado a Cristo por la fe en su corazón; sin embargo debe acceder a que el Espíritu Santo de Dios trabaje en su ser sanando, y esto es voluntario. Esto implica que lo recibimos si lo buscamos y permitimos esa intervención divina, de otro modo esas heridas estarán allí agazapadas y manifestándose esporádicamente. Dios nunca nos forzará ni nos impondrá que tomemos esa decisión, sino que nos brindará todos los medios y la pondrá al alcance de nuestra mano.

La inspiración

La inspiración se manifiesta inmediatamente que aceptamos a Cristo en nuestras vidas.

Hay una frase que declaro constantemente, una y mil veces, “¡Dios te ama!”. Puede que pienses que es porque no se me ocurre otra cosa, sin embargo esa es la verdad, el Dios creador tiene interés personal por ti. Lo recibes y lo incorporas en tu vida, se establece la certeza de que Él te ama a ti y allí se comienza a gestar ese sentido espiritual que llamamos inspiración.

“Yo sé porque sé”, me gusta declarar también, es esa certeza que viene sin causa aparente, sin seguir ningún patrón lógico, es convicción en el espíritu por medio del Espíritu de Dios, de Su inspiración.

Cuando reímos, lloramos, o expresamos otras emociones hay una justificación que conlleva a esa expresión externa. Sin embargo en el sentido espiritual la percepción viene sin causa sensorial externa, no requiere de sentimientos o circunstancias sino que nace desde lo más íntimo del hombre, y cuando esa percepción está alineada con la dirección del Espíritu Santo podemos asegurar que estamos en la voluntad de Dios.

La Biblia nos enseña en numerosos pasajes sobre esta sensibilidad espiritual y su carácter dinámico. Son sensaciones o sentidos muy diferentes a los que son generados por el alma, estos requieren de factores externos mientras que los primeros provienen de Dios.

“Atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió...”

(Hechos 16:6-7)

Cierto es que por ser el hombre una unidad indisoluble, las áreas están ligadas e interrelacionadas una con otras. El espíritu es iluminado por el Espíritu de Dios, esta percepción es entendida por la mente y en muchos casos le demandará una decisión (alma) la cual deberá ser ejecutada (cuerpo).

Conforme al tema que estamos tratando veremos que aquellas personas expuestas a abandono, maltratos, vejaciones, o presiones de distinta índole, crean bases sobre las cuales se convencen que no son amados por Dios ni por nadie. No logran confiar y difícilmente encontrarán virtud en otros, la duda marca fuertemente su comprensión del mundo exterior. Cuando como hijos de Dios nos sucede eso, ya no podemos relacionarnos sinceramente con los hermanos, nos parece que no hay nada bueno y nada es cierto.

Debes renunciar a esa decisión de tu espíritu, desechar definitivamente el pesimismo, la incredulidad, la idea de que nadie te ama y que todos buscan sacar provecho de ti. Renuncia ya, entrega a Jesucristo la totalidad de tu ser.

La adoración

La adoración es una función inherente al espíritu humano.

Es interesante analizar el episodio en el cual los israelitas estando en el desierto levantan el becerro de oro. ¿Te has preguntado alguna vez por qué lo hicieron? Ellos eran partícipes de milagros tremendos, habían visto la columna de fuego, el Mar Rojo se había abierto, maná había llovido del cielo, agua brotó de la roca, vieron la nube de gloria sobre el monte Sinaí. Entonces ¿por qué se rebelaron así? Sencillamente porque tenían la necesidad de adorar, pero en vez de volcar toda su adoración al Dios que les había sacado de la esclavitud, ellos en su autosuficiencia se proveyeron elementos de culto.

Claro, ver hoy a la distancia la actitud de ellos, con la historia ya escrita y nuestras mentes iluminadas, fácilmente vemos cuán errados estaban. Sin embargo, ¿No tendremos tal vez nosotros actitudes semejantes? La respuesta inmediata es “no, de ninguna manera”, pero hay ídolos muy sutiles, refinados, con los cuales se establecen pactos y alianzas. Puede ser un objeto de culto una persona familiar, amigo o referente; tal vez un deportista, un músico u otro. Podemos nosotros mismos instaurarnos como centro de nuestra adoración, a esto se le llama egolatría; “me adoro yo, me cuido yo, me protejo yo, yo soy el centro de la historia y solo lo que tenga sentido o beneficio para mi es válido”. Todo esto impide que adoremos a Dios, son ligaduras que debemos romper, cortar definitivamente.

“Y habló Dios todas estas palabras, diciendo: Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mi. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso...”

(Génesis 20:1-5)

Avanzamos sobre las funciones manifiestas en el espíritu del hombre, veamos pues ahora las otras dos áreas.

El alma

La hemos denominado también “psiquis”, ya que allí es donde radica la personalidad del hombre. Ella tiene algunas funciones claramente destacables: la voluntad, la mente, las emociones, el consciente, el subconsciente y el inconsciente. Cada una de ellas merecería que la estudiemos en detalle.

La voluntad

La voluntad es la capacidad de decisión. Tenemos libre voluntad o libre albedrío como también le llaman. Esto implica que cualquier circunstancia requiere de una ejecución puntual de la voluntad. Capacidad para elegir el bien o capacidad para elegir el mal.

Vea cuán importante es poner cada una de nuestras decisiones bajo el señorío de Cristo.

“He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: la bendición, si oyeres los mandamientos de Jehová vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, y la maldición, si no oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y os apartareis del camino que yo os ordeno hoy...”

(Deuteronomio 11:26-28)

"A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tu y tu descendencia”.

(Deuteronomio 30:19)

La mente

La mente es otro aspecto de la psiquis.

Y también podemos subdividirla en tres partes: los sueños, los pensamientos, el lenguaje.

Es necesario que estas tres partes estén continuamente impregnadas por la Palabra de Dios. A veces la tentación es declarar conforme a nuestro propio razonamiento, pero la declaración de la Palabra de Dios trae a nuestra vida claridad y objetividad para evaluar cada situación. Cuando nos inquieta algún pensamiento contrario a la fe, debemos introducir todo lo bueno, lo verdadero, lo honesto, lo puro y es esto lo que trae salud a la mente, tanto emocional como intelectual.

“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.”

(Filipenses 4:8)

Las emociones

En el alma se generan y se anidan las emociones, tanto positivas como negativas. Podríamos citar algunas, comencemos por las positivas: amistad, bondad, longanimidad, etc. En tanto de las otras citamos: odio, rencor, discordia, ira, etc.

El consciente

El consciente es el banco de recuerdos inmediatos. Es la experiencia de la vida diaria, la cual se va filtrando en ese consciente, como nos sentimos en cuanto a lo vivido y la interpretación de ello.

Cuando una distorsión de la comprensión del mundo que nos rodea se instaura en el consciente, es necesario resolverla.

El subconsciente

Todo lo sucedido, los incidentes ocurridos a lo largo de la vida son grabados en el consciente y en un momento dado comienza un proceso normal de olvido de las cuestiones menos relevantes.

Ahora bien, no todas las cosas son borradas, de hecho más de una vez comprobamos que un suceso que creíamos olvidado es traído al consciente por un factor externo. Esas cuestiones que han sido contundentes, que nos han dañado, sacudido o herido; todo aquello queda grabado en el “área” del subconsciente.

Tal vez tienes reacciones que tu mismo no logras entenderlas, y es porque has retenido en el subconsciente alguna situación que te ha dejado marcado.

El inconsciente

Llamamos inconsciente al conjunto de experiencias o recuerdos dolorosos que quedan guardados y reprimidos. Y aunque los consideramos olvidados, están allí depositados muy bien protegidos.

Cuando llegamos a Cristo, el Espíritu de Dios nos inquieta, haciéndonos notar que aquello que creíamos olvidado y resuelto, está más vivo que nunca.

¿Nunca te has sorprendido de tus pensamientos? Alguna vez te preguntaste ¿Cómo puede ser que haya hecho esto? Sucede que estás reaccionando conforme a esos recuerdos, los cuales condicionan tu personalidad.

Tal como si fuese un mecanismo de autodefensa, el alma al sentirse dañada severamente, aprisiona esa experiencia al punto de quitarla completamente de la memoria cotidiana, sin embargo no la desecha, sino que la guarda y la establece como un condicionante.

El Espíritu de Dios viene en nuestro auxilio, deseando regenerar el alma, la psiquis. Y por medio de Su poder libertador, quita los recuerdos, sana las heridas y establece parámetros según Dios.

El cuerpo

El cuerpo tiene los siguientes sentidos:

- Vista lo que vemos
- Olfato lo que olemos
- Tacto lo que palpamos
- Gusto lo que saboreamos
- Oído lo que oímos

Cuando alcanzamos salud en el espíritu y el alma, se produce de manera inmediata la sanidad en nuestro cuerpo.

Por eso es tan necesario huir de todo aquello que daña nuestro cuerpo; y está referido a lo que vemos, lo que escuchamos y lo que palpamos.

Para concluir volvamos al pasaje bíblico que vimos al comienzo, allí en la carta a los Tesalonicenses:

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”

(1 Tesalonicenses 5:23)

Este pasaje nos revela el propósito por el cual es necesario que nuestro espíritu, alma y cuerpo sean

santificados, y es porque fuimos llamados, escogidos, “salvados para salvar”. Y es el Señor quien nos provee salud en todo nuestro ser, citémoslo de forma ordenada y sencilla:

-Reconociendo a aquellos que nos presiden en el Señor:

“Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan”

(1Tesalonicenses 5:12)

-Reconociéndolos en amor:

“... y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros...”

(1Tesalonicenses 5:13)

-Devolviendo siempre el bien:

“También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos. Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos.”

(1Tesalonicenses 5:14-15)

-Estando siempre gozosos:

“Estad siempre gozosos.”

(1 Tesalonicenses 5:16)

- Rindiendo todo pensamiento a Cristo:

“derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo...”

(2 Corintios. 10:5)

Quando permites que el Señor sane tus heridas tienes una expansión interior, gozo como nunca antes has tenido. Y llegas a ser una persona totalmente renovada, al punto que ni tu mismo te vas a conocer.

"Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado..."

(Salmos 16:6)

Ese es el plan de Dios para ti.

Capítulo VI

Restitución de la posición

¿Dónde estás tu? Esa fue la pregunta que resonó en el huerto de Edén. Pero Dios que sabe todas las cosas, ya sabía donde estaba escondido Adán. Entonces su pregunta no se refería a un lugar físico, sino a un lugar espiritual. Dios le había concedido a Adán una posición de privilegio y de autoridad, pero por causa del pecado había perdido su lugar. Y Dios podría haberle hecho otras preguntas, pero fue directamente al punto que más le interesaba: la posición. Es por eso que en este capítulo vamos a abordar este tema dentro del contexto del perdón, porque si para Dios es de gran importancia, también debería ser para nosotros un punto digno de todo nuestro.

En el capítulo anterior abordamos el tema de la sanidad de heridas. Vimos que es necesario permitir que el Espíritu Santo obre en nuestro ser interior.

Pero aún falta un paso más para que podamos completar en nuestra vida el perdón. Se trata de restituir a la persona que nos agravió a su posición original. Veamos juntos de que se trata esto.

Siempre que dos o más personas se relacionan se establece un vínculo de confianza mutua, amor, autoridad, bendición. Por ejemplo, en un hogar se espera del esposo que cumpla el rol de proveedor, protector, amante. Al mismo tiempo como padre se le demanda cuidado, ejemplo, autoridad. De la esposa se espera que sea la ayuda idónea de su esposo, diligente, cuidadosa de su casa. Como madre cumple su rol sobresaliente en la crianza de sus hijos, en la expresión de dulzura y amor a su familia. Los hijos a su vez deben obediencia y honra a sus padres.

Entre amigos debe haber lealtad unos para con otros, actitud de compañerismo, afecto, sinceridad.

De nuestros líderes espirituales esperamos que sean pacientes, amorosos, que nos den la palabra a tiempo y a su vez ellos esperan de nosotros amor, respeto, honra.

Si nos referimos a los gobiernos, a estos les corresponde garantizar a los ciudadanos paz, justicia, bienestar social y nosotros como ciudadanos estamos obligados a respetar las leyes, cumplir con las contribuciones, entre otros.

Aún de las personas desconocidas esperamos que demuestren una actitud de respeto y solidaridad, por ser todos miembros de una sociedad que tiene normas y códigos que hacen posible la vida en común.

O sea que cada uno de nosotros, siempre que establecemos una relación, asumimos un rol y una posición

que está ligada a un orden de autoridad y bendición, a una forma de compromiso y de amor.

Pero ¿qué ocurre cuando alguno no cumple este compromiso, rompe el pacto o se comporta deslealmente? Esa relación sufre un daño, se deteriora y, si no hacemos algo a tiempo, hasta puede llegar a romperse.

En la mayoría de los casos sucede que la persona que fue agraviada ya no considera a su semejante en el rol que tenía hasta entonces. Lo quita de la posición.

Para ilustrar mejor este aspecto, tomemos como ejemplo un matrimonio. Supongamos que el esposo fue infiel a su esposa. ¿Qué hace la esposa que fue engañada? Es muy probable que ella quite de posición a ese esposo. En su corazón, él ya no es lo que era, cambió la visión que tenía de él. Ya no confía en él como protector y proveedor de su familia. Aún más, es posible que coloque a sus hijos en el lugar del esposo y haga alianza con ellos. Esta esposa, al destituir a su esposo, queda en la desprotección total, ya no tiene cobertura, está expuesta a todo tipo de peligros.

Esto mismo podemos trasladarlo a otro tipo de relaciones. Hay hijos que por causas diversas han quitado de posición a sus padres y buscan afecto y consejo en otras personas.

Creyentes que quitan de posición a sus pastores y no los respetan, o se cambian compulsivamente de iglesia, sin echar raíces en ninguna parte.

Amigos que ante la deslealtad de otros buscan reemplazarlos con nuevas amistades.

Pero aún hay más. Esto también opera de igual manera con los gobernantes y también con nuestra Nación. Hoy en día se critica demasiado a los gobernantes, pero Dios no nos mandó a criticarlos sino a orar por ellos. Ellos darán cuenta de sus actos ante Dios, pero mientras tanto son los que lideran nuestra Nación.

¿Y cuántas veces despreciamos a nuestra Argentina? Yo creo que debemos pedir perdón a Dios, porque olvidamos que es Dios quien nos puso aquí. Pero algunos que se sienten defraudados, creen no tener futuro aquí y abandonan esta tierra renegando y “mal diciendo” de Argentina.

Así que vemos que la destitución de posición se puede dar en todo tipo de relaciones.

El resultado de esto es triste, demasiado triste. Continuamos nuestra vida con un pesado lastre de relaciones rotas, perdidas, sin restaurar. Esto genera en nuestro ser una sensación de fracaso, de dolor. Y al pasar el tiempo nos volvemos personas amargas, vemos todo desde una óptica negativa y juzgamos constantemente a los demás. Decimos que somos cristianos, pero no somos fieles representantes del reino de Dios. Porque hemos perdido el gozo y hemos dejado que la amargura invada nuestro ser.

Por esto es tan importante la restitución de la posición. Y esto también es una decisión.

Tienes que restituir en tu corazón a aquella persona que desechaste a la posición original, esa que tenía antes del suceso que lo desposicionó.

Este es el paso que corona el proceso del perdón. Si no lo haces nunca podrás gozar de una vida plena y satisfactoria.

Quiero mostrarte algunos ejemplos bíblicos que seguramente nos ayudarán a comprender que la voluntad de Dios es restaurar completamente nuestras relaciones.

Jesús y Pedro

El apóstol Pedro era un hombre rudo, tosco, impulsivo. Es uno de los personajes bíblicos que más me gusta y me hace reflexionar. Él era espontáneo, siempre iba adelante, no temía equivocarse. Pedro amaba a Jesús y era su discípulo. Lo había acompañado fielmente durante los años de su ministerio, había compartido con Él los momentos más íntimos, En una ocasión recibió la alabanza de Jesús cuando declaró que Él era el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Luego al aproximarse el momento de la cruz, Pedro prometió valerosamente seguirlo hasta la muerte. Realmente era un hombre impulsivo. Pedro hablaba antes de pensar y no calculaba los costos.

Pero llegado el momento de mostrar su lealtad, negó con vehemencia al Señor Jesús. Todas sus promesas debió habérselas llevado el viento.

Y Pedro lloró amargamente. Se arrepintió. Sintió el dolor de su traición, de su cobardía y le pesó en su corazón.

Cuando Jesús resucitó, Pedro seguramente esperaba un reproche de su parte. Pero qué hermoso es encontrar en la Biblia la actitud apacible del Príncipe de Paz.

“Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos? Le respondió: Sí, Señor; tu sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tu sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿me amas? Y le respondió: Señor, tu lo sabes todo; tu sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas...”

(San Juan 21:15-17)

Tres veces sonaron sus mismas palabras como campanas de libertad.

Pedro había fracasado como discípulo, ya no era digno de su lugar y llamamiento, pero aún así Jesús lo restituyó a su posición original. Es notable ver que Jesús le permite a Pedro confirmar su amor tres veces, una por cada negación.

Esta actitud logró en Pedro lo mejor de si. Poco tiempo después, llegó a ser el líder de la iglesia primitiva.

La restitución de posición hizo posible el desarrollo de todo su potencial y del proyecto de Dios para su vida.

Aún la historia secular nos cuenta que años más tarde el apóstol Pedro, si fue verdaderamente capaz de morir por la causa de Cristo.

Onésimo y Filemón

La carta que Pablo escribe a Filemón es una epístola privada. En ella el apóstol intercede por Onésimo, quien habiendo sido siervo de Filemón se había escapado robándole algunas pertenencias.

Más tarde Onésimo se convierte al evangelio bajo el ministerio de Pablo y éste solicita a su amo que lo perdone y lo reciba:

“...no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado, mayormente para mí, pero cuánto más para ti, tanto en la carne como en el Señor. Así que, si me tienes por compañero, recíbele como a mí mismo.”

(Filemón vers. 16 y 17)

Vemos en estos versículos que el pedido de Pablo era no sólo que Filemón perdonara a Onésimo, sino que también lo restituyera a una posición aún mayor que la original.

José y sus hermanos

José era el menor de sus hermanos y el preferido de su padre Jacob. Desde niño había sido instruido en el camino del Señor y tenía sueños de Dios.

Un día Jacob le regaló una preciosa túnica de colores que despertó la envidia de sus hermanos. Planearon matarlo pero finalmente lo arrojaron a un pozo para después venderlo como esclavo a una caravana de ismaelitas que se dirigía hacia Egipto.

En este país sirvió a Potifar, oficial de Faraón y todo lo que hacía prosperaba.

Cierto día, la esposa de Potifar intentó tener intimidad con él, pero él se negó. Al verse rechazada, lo culpó de querer deshonorarla y José fue a parar a la cárcel. Pero aún en ese lugar José procedía correctamente en todo, manteniendo firme su fidelidad a Dios.

Durante sus años de esclavo, pudo haber llenado su mente de amarguras, rencores, deseos de venganza hacia sus hermanos. También pudo haberlos culpado por todos los momentos difíciles que le hicieron pasar. Pero José no hizo eso. Había decidido en su corazón perdonar a sus hermanos.

Al poco tiempo, la bondad de Dios hizo que José entendiera los sueños de Faraón y desde ese momento pasó a tener un lugar de eminencia en Egipto.

Una vez más el plan de Dios se cumplía en la vida de José. Cuando llegaron los años de hambre, sus hermanos que vivían en Canaán viajaron hasta Egipto en busca de alimentos. El reencuentro con sus hermanos seguramente fue muy duro para José. Pero demostró tener un espíritu superior. Y no solamente pudo perdonarlos sin reproches sino que también los restituyó a la posición de hermanos. Les dio alimentos y un lugar para vivir en lo mejor de la tierra de Egipto, para que no sufran ninguna necesidad durante los años de escasez.

Podría seguir mostrándote muchos ejemplos más de personas que se animaron a restaurar enteramente sus relaciones.

Tu puedes ser uno de ellos. Solo falta tu decisión. Hoy es tu día de cambio, hoy puede ser el primer día de libertad total, de disfrute pleno, de una vida victoriosa.

Te invito por ultimo a compartir juntos una oración:

Señor Jesús, Tu sabes cuanto me ha costado reconocer que tengo cuestiones guardadas en mi corazón. Tu sabes el dolor que ha causado cada una de ellas. Sabes cuán difícil me ha sido borrar de mi memoria aquel episodio que me lastimó. Pero hoy Señor quiero que vengas a obrar sanidad en mi ser. Yo decido perdonar y para esto te rindo cada recuerdo, cada experiencia que he vivido y declaro que en la cruz Tu te llevaste todas mis heridas. Clamo que la sanidad sea hecha

ahora mismo y estoy dispuesto a reponer la posición original a aquel que me dañó.

Yo te doy gracias, porque puedo amar y perdonar a otros, porque Tu me amaste primero.

Muchas gracias mi Dios. En el nombre de Jesucristo el Señor. Amén.

Deseo que este libro al llegar a tus manos, sea una herramienta útil para alcanzar la victoria en tu vida.